

CATOLICOS QUE NO SON

L Concilio Vaticano II ha hecho reflexionar a muchos católicos. Pero todavía no hemos hecho sino empezar a sacar conclusiones de toda la doctrina que en él ha quedado expresada. Aunque no sea el esquema más popular, es, sin embargo, uno de los más importantes, el Decreto sobre Ecumenismo. Nunca había dado muestras la Iglesia de tanto desprendimiento y sinceridad como en este auto-examen que hizo de sí misma, y de sus relaciones con los demás cristianos. En este Decreto se contiene, en germen, lo más esencial de cuanto después se ha ido desglosando y ampliando en el Concilio.

reforma protestante

Ahora que se conmemora la reforma protestante —el 31 de octubre— es preciso intentar sacar todas las consecuencias que se desprendan de esta nueva postura de la Iglesia. Algunos teólogos valientemente lo habían hecho; pero sin estar respaldados —hasta ahora— por ningún documento oficial de la Iglesia que tuviera esta categoría.

Y hoy debemos rendir homenaje a aquellos «pioneros» católicos que se llamaron: el cardenal Mercier, el padre Portal, el abate Couturier y los sacerdotes alemanes Metzger y Laros. Ellos fueron quienes iniciaron el diálogo ecuménico en este siglo.

El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, hace cincuenta años aproximadamente, empezó unas conversaciones con lord Halifax, representante calificado del anglicanismo. La muerte del cardenal cortó en sus comienzos este diálogo en el que se había llegado a aceptar por parte anglicana —con más o menos matices— una cierta primacía del Papa.

Eso fue ayer, pero hoy se ha rehecho el camino que entonces comenzó. Via ésta penosa y difícil todavía, que no puede ser recorrida sino con plena sinceridad y seriedad. La superficialidad de quienes, ante el avance, creen todo resuelto, es más perjudicial que beneficiosa.

Por eso me voy a atrever a aportar mi contribución a esta empresa, que debe ser la de todo católico y de todo cristiano, hablando con toda franqueza.

En este abierto Concilio, la Iglesia se ha decidido por fin a reconocer que la separación de los hermanos protestantes no se ha producido sólo por culpa de ellos: no son sólo los «reformados» —como se les llama en Francia, Suiza y Holanda— los que están separados de nosotros, sino nosotros también de ellos.

Si hubo culpa —e indudablemente la hubo— fue por ambas partes. Y calibrar la porción que cada uno tuvo en ella, es tarea inútil y estéril. Lo importante es sentirnos todos culpables, para dar el primer paso en este acercamiento —con buena voluntad, pero sin engaños piadosos—. Por la puerta abierta por el Concilio hemos de entrar llenos de la sinceridad, ya que somos conscientes del mal paso que entonces dio la cristiandad.

católicos y reforma

Un gran historiador católico alemán empezó en 1940 este camino histórico utilizando toda su ciencia. José Lortz publicó —ahora traducida al castellano— la gran obra titulada «La Reforma en Alemania». Lo mismo que hizo otro católico: A. Herte, en 1943, estudiando «La imagen católica de Lutero», en tres extensos volúmenes. Después de ellos han sido muchos los que se han interesado, dentro del campo católico, por esta figura religiosa. Dos sacerdotes —F. Richter y L. Bouyer—, uno alemán y otro francés, y ambos habiendo sido pastores luteranos durante muchos años, han reivindicado imparcialmente los aspectos positivos del protestantismo, desde un punto de vista católico.

Y en el Concilio Vaticano II, por boca de tres Padres conciliares, se rindió homenaje a la obra religiosa de Lutero en sus publicaciones que no

son polémicas. Basta leer, por ejemplo, el excelente comentario al «Magnificat» de María, alabado por el obispo de Mónaco durante la tercera sesión conciliar.

En esta conmemoración del aniversario de las 95 tesis que colgó Lutero de la puerta del castillo de Wittemberg, es preciso recordar que los protestantes escogieron mal esta fecha. El 31 de octubre de 1517 Lutero sólo actuó como podía haberlo hecho cualquier otro católico que tuviera la misma autoridad que él, como doctor en teología. No fue un gesto subversivo, como a veces se le ha presentado erróneamente, sino un llamamiento, dentro del catolicismo, a la reflexión de los hombres cultos (eclesiásticos y universitarios) contra unos excesos que muchos veían claramente que existían en la Iglesia. Si en su redacción acertó o no, eso es otra cosa; pero lo cierto es que él entonces no se sintió por ello todavía fuera de la Iglesia católica, ni nadie lo consideró por aquel tiempo salido de ella. Otros ejemplos ha habido, en la historia de todos los tiempos, de personajes católicos amonestados por la Iglesia, que luego han sido reivindicados por ella: ahí están bien recientes los casos de los padres Congar, O. P.; Lubac, S. J., y K. Rahner, S. J., que tanta medida suspicaz han sufrido hasta hace poco.

Lutero, este hombre vehemente, y delicado al mismo tiempo; amante de la música y el canto (como buen turingio); lleno de varonil tesón; que tomó todas las cosas de la vida con ejemplar seriedad, pero siempre con buen humor, fue el mayor reformador religioso de todos los tiempos, criticado universalmente por los católicos, y alabado sin restricción por los protestantes, hasta el día de hoy. Día en que todas las tormentas en torno a su figura van serenándose, y permiten un mayor acercamiento en la valoración de su figura por parte de católicos y protestantes.

Lutero, ¿católico?

Quizá nadie como Lutero permaneció —entre los reformadores del siglo XVI— tan cerca de la Iglesia católica. Sin duda su condición profundamente religiosa, poco dada a sistematizaciones teológicas, le salvó de las estridentes rebeliones de pensamiento, en las que cayeron mucho más otros promotores de la Reforma. Si no, ahí están para demostrarlo bastantes de sus sermones, y sobre todo, sus cantos religiosos.

Su Catecismo breve —el primero que se publicó en Europa para enseñanza infantil— es una obra que puede ser perfectamente entendida en sentido católico; aunque nosotros observemos en ella omisiones importantes. Recuerdo que tuve esta impresión hace muchos años, cuando cayó en mis manos la traducción francesa de este pequeño manual redactado en forma de preguntas y respuestas. Años después de esta impresión personal, leí el mismo juicio en el padre Richter. La inquietud de Lutero por la educación de los niños le llevó a olvidarse, a la hora de redactar este pequeño libro, de muchas de las violentas polémicas que emprendió. Esa fue la misma inquietud que, años antes, había manifestado el canciller de la Universidad de París, Juan Gerson, y por la cual fue duramente recriminado por sus compañeros, como cosa indigna de un sacerdote; porque entonces no era costumbre ocuparse de la educación religiosa de los niños, que estaban moralmente abandonados, aunque hoy esto parezca monstruoso.

La mejor señal de todo lo que decimos, de la cercanía de Lutero al catolicismo, es que han sido varios importantes teólogos protestantes —de influencia luterana— quienes mejor han sabido comprender la doctrina positiva expresada por él, superando posturas puramente polémicas: Schlier, Asmussen, Lackmann y Baumann (entre otros varios teólogos de primera línea) son algunos de los más importantes que se han acercado intelectualmente a algunas de nuestras enseñanzas católicas, con sólo ser fieles a su maestro.

La gran sorpresa, por tanto, de quienes sólo quieren condenar y atacar a los cristianos separados de nosotros en Occidente, es que «incluso después de apartarse de la Iglesia católica, Lutero sigue todavía arraigado en el pensamiento católico», como dice un historiador católico actual.

Y pensamos que el luteranismo mundial no es una secta cristiana sin

CRISTIANOS

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

palabra «fe» se le diera el pleno sentido bíblico que tiene. Una fe viva, entregada, que actúa con amor, es de por sí sola, poderosa para transformar al hombre haciéndole justo ante Dios.

católicos que no son cristianos

Los católicos —es cierto— no podemos conformarnos con esto solamente. Creemos, como piensan también algunos teólogos luteranos o de otras tendencias, que hay algo más en el cristianismo. En el Evangelio —como el historiador protestante Harnack señaló hace más de cincuenta años— hay tres enseñanzas básicas, y a ellas creemos, nosotros los católicos, que hay que añadir alguna más, contenida —más o menos explícitamente— en la Sagrada Escritura.

Los tres principios básicos del cristianismo son:

- 1) Que Cristo es el único mediador y salvador, que vino a traer un mensaje del Padre, y que lo mantendrá siempre vivo en el mundo el Espíritu de Dios.
- 2) Que Dios anunció, por medio de su Hijo, que a pesar del pecado humano —de ese egoísmo que desde los primeros hombres a acá parece una triste herencia de la Humanidad— podíamos alegrarnos al saber la Buena Noticia de que el Señor nos ama.
- 3) Que este amor, y esta Redención, no pueden ser vividos por el hombre con sinceridad, a menos que se manifiesten en obras de amor a todos los demás hombres.

Lo que añadimos a estos principios los católicos es principalmente: 1) la estructura jerárquica de la Iglesia; 2) los sacramentos que dan la gracia, significándole eficazmente; 3) el primado del Papa, que habla como «la voz del Buen Pastor» (reconocido así por el teólogo protestante Asmussen).

Con ello se plantea un grave problema, que el Concilio ha puesto de actualidad: ¿Quién es más cristiano? ¿El que —como ciertos católicos ultraconservadores— pone en primera línea de importancia estas verdades subordinadas (que son solamente medios para alcanzar plenamente y normalmente las otras más esenciales), o quienes centran su vida en lo más esencial y definitivo, llámense luteranos, calvinistas u ortodoxos?

Monseñor Pangrazio, obispo de Gorizia, subrayó en el Concilio estas distinciones aceptadas por la Iglesia universal reunida en Roma, y que llevan —a cualquiera que utilice su sentido común— a importantes consecuencias que hacen superar las simples etiquetas exteriores.

Las verdades reveladas «varían en importancia y peso» —dijo el Concilio—, y quienes aceptan preferentemente en sus vidas estas afirmaciones, que son más importantes, resultan prácticamente mejores católicos que quienes aman mal a sus hermanos (hermanos que son todos los hombres, aunque sean judíos, mahometanos o marxistas); o encubren la figura de Jesús en un fárrago de semi-supersticiones pías; o hacen de Dios un tirano lleno de tacañería espiritual. Quienes enarbolan la bandera del más puro catolicismo —según ellos—, y no quieren centrar su vida en el amor a los hombres, a Cristo y a Dios; sino que quieren sólo a los que piensan como ellos, o confían solamente en el santo más milagrero, o creen en un Dios que es un amo tiránico con todos los hombres; éstos, no son verdaderos católicos.

El católico cree en el Papa ciertamente, pero —como he repetido muchas veces siguiendo a los cardenales Newman y Heenan— antes de ello cree en la conciencia. El católico acepta a la Iglesia jerárquica, pero antes respeta y se entrega a Cristo. Recibe los sacramentos, pero sabe que sin fe personal, éstos no tienen sentido en un hombre adulto.

Pensamos muchos católicos que a todos se les debe predicar y exigir el amor; pero que no debemos multiplicar alegremente la aceptación inconsciente de los ritos religiosos, ni tampoco confiar en revelaciones privadas, o en apariciones.

La religión es una cosa muy seria, que todos debemos respetar, sin caer en posturas «anti», tan opuestas al código de moral que profesamos, que es el contenido en el Evangelio. Los católicos no somos anti-protestantes ni «anti» nada, sino amigos y hermanos de ellos y de todos los hombres.



Martin Lutero, 1521, por Lucas Cranach.

importancia, sino una Iglesia que abarcaba en 1961 a 73 millones de habitantes de todo el globo (principalmente concentrados en Alemania y Estados Unidos).

el luteranismo

Lutero proclamó cuatro principios religiosos absolutos: la Biblia sola; la sola gracia de Dios; Cristo único mediador; y la sola fe.

Hoy varios teólogos —cada vez más numerosos— de la Iglesia católica romana (ahí están Bouyer y Küng, por ejemplo) piensan que esas fórmulas pueden ser entendidas en sentido católico.

El esquema conciliar de la Revelación, que el Concilio está a punto de promulgar, respeta la opinión de quienes creen que toda la Revelación está contenida suficientemente en la Biblia, y que la tradición no añade nada sustancial, sino que únicamente crea el clima de comunidad en la fe, propicio para entender bien el Libro Sagrado. Así, por ejemplo, lo sostiene un teólogo tomista y tradicional como el actual cardenal Journet; y con él pensaron así el cardenal Newman en el siglo pasado y otros varios teólogos católicos en la actualidad.

Muchos especialistas católicos, al analizar los antiguos Concilios de Carthago, Orange y Trento, están concordes en afirmar que la «justificación» del hombre proviene de la actuación gratuita de Dios; es una gracia concedida por El, sin exigencia previa que haga merecerla. Richter, Bouyer y Küng son ejemplo de este pensamiento teológico, dentro de nuestra Iglesia.

De igual manera que la idea de Cristo, centro de toda redención del hombre, está bien acusada en algunos teólogos que se han opuesto a la inflación excesiva de algunos «mariólogos», que conceden sin descanso privilegios a la Virgen María, que, sin embargo, para nada necesita de ellos. Ejemplos de esta postura cristocéntrica son el de Lennerz, S. J.; Schillebeeckx, O. P., y René Laurentin, teólogos mundialmente apreciados.

Y, por último, un gran teólogo católico alemán, Hans Küng, publicó hace años una tesis doctoral haciendo ver que la doctrina del profundo teólogo protestante actual, Karl Barth, sobre la «justificación por la fe», en nada se oponía a la doctrina católica más tradicional, siempre que a la